

LA FELICIDAD ESTA EN NOSOTROS: NO SE BUSCA FUERA

Hace mucho tiempo, en una pequeña aldea, vivían dos familias: una era pobre y otra destacaba por su riqueza y poder. Esta última residía en un gran chale y casi toda la aldea le pertenecía.

Aún así, esta familia no estaba contenta con el lugar donde estaba construida la vivienda porque no les gustaba que una familia pobre tuviese su humilde casita de piedras cerca de ellos, porque consideraban que daban una mala imagen a su gran chale.

Durante un tiempo, ambas familias no tuvieron hijos y la convivencia en este tiempo no fue muy mala, ya que la familia pobre tenía grandes valores y respetaban el terreno de la otra familia.

Paco, que así se llamaba el pobre, era feliz con lo que tenía: una casita que construyó con mucho esfuerzo y amor. También tenía un pequeño terreno donde cultivar alimentos para el consumo propio y, si la cosecha era buena y abundante, la vendían en otra aldea cercana. Aparte del cultivo, también tenían animales, como gallinas, vacas y un perrito. Ellos aceptaban con amor lo que tenían y vivían tranquilos y en paz. También tenían mucha ilusión de tener hijos, para poder disfrutar con ellos y transmitirles todos sus valores.

Por otra parte, la familia de poder era muy orgullosos y no estaban conforme con nada de lo que tenían, todo lo querían para ellos y siempre pensaban en tener más y más extensiones de terrenos. Como no estaban a gusto teniendo cerca a una familia de menor poder, estaban intentando deshacerse de ellos. Este fue el motivo de la mala convivencia entre ellos, ya que Juan, que así se llamaba el rico, iba a hablar con Paco casi todos los días para ofrecerle trabajo y una buena cantidad de dinero para que comprara en otra aldea una casa más grande y cómoda, y le prometía que todos los meses le daría un sueldo para que, si tenían hijos, no les faltase de nada y pudiesen estudiar.

Paco, con mucha educación, siempre le contestaba que no, que era feliz como vivían y si algún día tuviese hijos, lo primero que le enseñaría es que eligiese libremente su camino para ser feliz.

Juan no entendía por qué era tan terco el vecino, que no aceptaba lo que le ofrecía y pensaba que quería más dinero.

Pasado unos años, llegaron los hijos a ambas familias y, con ellos, aumentaron los problemas de convivencia.

Paco y su mujer tuvieron un varón y Juan y su mujer una niña. Ambos niños, cuando fueron creciendo se juntaban para jugar juntos. Los niños, en su inocencia, no comprendían por qué a María (que así se llamaba la hija de los ricos), la llamaban y le regañaban cuando los veían juntos.

Sin embargo, María cada vez quería compartir más tiempo jugando con su amigo José y estar en la casita de piedra (a la que iba a escondidas de sus padres) para compartir mucho tiempo con José y sus padres. La pequeña era feliz con ellos y, se encontraba tan querida en el hogar de esta familia, que nunca tenía muchas ganas de irse a su casa.

Cuando Juan se enteró de esto, muy enfadado se fue a la casita de piedra para decirles a sus vecinos que no entendía por qué no aceptaban la oferta y se marchaban de la aldea. Intentaba hacerle ver que iban a tener mucho dinero para poder invertir e una nueva vida más cómoda y así su hija no veía la pobreza cerca, ya que Juan decía que era una mala influencia para ella.

Paco le dijo: por favor, no se altere usted, vaya que le de un infarto y también sea culpa de sus vecinos. Siéntese tranquilo que le voy a explicar el por qué no quiero venderle mi casa, aunque así nos dejara usted en paz de una vez.

No se la vendo porque es mi hogar, soy feliz aquí, con mi familia y mis animales y tengo libertad para hacer lo que quiera, cuando quiera. No tengo horarios y no dependo de nada ni de nadie, y usted lo que me ofrece es quitarme la libertad, ser esclavo, ¿lo entiende ahora?

Yo respeto su opinión, pero por favor, respeta usted la mía y déjanos vivir aquí en paz y ser felices. Usted parece que no es feliz, no valora ni agradece lo que tiene, siempre quiere más y solo piensa en lo material. La verdad, siento que yo soy más rico que usted.

Juan continuaba enfadado, pero algo más tranquilo, se puso en pie y le dijo: vale, no me venda nada y quédate, pero no quiero que pises mi propiedad y no quiero que mi hija vuelva por aquí y se le pegue la pobreza.

Vale, no se preocupe, usted córtale la libertad y no deje elegir a su hija, ese es vuestro problema. Pero, si ella voluntariamente viene a mi casita, será bien recibida y le ofreceré todo lo que pueda y tenga en ese momento.

Juan se marchó y, al volver a su casa, le contó a su hija María la conversación y le ordenó que no viese más a José ni a su familia. María no dijo nada, pero no obedeció a su padre y, cada vez que él se ausentaba de la casa, ella aprovechaba para ir a visitar a sus vecinos, ya que era tan grande la magia que tenía el hogar, que se encontraba muy feliz allí y se olvidaba de su propia familia y de la riqueza. Ella soñaba con tener un hogar tan radiante como aquel.

El tiempo fue pasando y los niños crecieron. Terminó la infancia y el padre de María le dijo que tenía que ir a estudiar a un colegio, lo que significaba que no vería más a José ni a su familia durante un largo período de tiempo.

A María no le quedó otra opción más que hacer caso a su padre y se marchó a estudiar. Sin embargo, ella tenía un pensamiento: cuando terminara los estudios y fuese mayor de edad, volvería a la aldea para visitar a sus vecinos, especialmente a José, del que se había enamorado. Su sueño era poder formar una familia con él, que fuera rica en magia y consiguieran sonreír hasta en los peores días. Ella sabía que en ningún otro lado del mundo encontraría una persona mejor. Así como también sabía que su padre no iba a estar de acuerdo.

María fue a despedirse de José y le dijo todo lo que pensaba y que, si él la quería también, iba a luchar por estar juntos. José se quedó muy sorprendido, porque no esperaba que ella estuviera enamorada de él, aunque era lo que más había deseado desde hacía algunos años atrás. Él pensó que todo era un sueño, porque en la vida real, no le permitirían que ambos se enamoraran y tuvieran una familia. Sin embargo, agradecía que fuese real, aunque ahora fue más duro verla marchar.

Esa noche, José tuvo una gran idea: él podía también irse a estudiar y buscaría un trabajo para poder pagarse los estudios.

Por la mañana se lo contó a sus padres, quienes lo animaron a hacer su vida y seguir adelante con sus ideas, deseándole siempre lo mejor y estando a su lado para todo lo que necesitase.

Sus padres le dieron un gran consejo: hijo, nunca olvide tus raíces. La felicidad está en ti. Emprende tu camino y cultiva tu futuro, que poco a poco conseguirás todo lo que te propongas.

Tras esta conversación, José cogió su maleta, metió lo poco que tenía y se marchó cerca de María, así podían verse los fines de semana, que era cuando tenían más tiempo libre.

A José le gustó estudiar veterinaria, porque cuando acabara los estudios, quería volver a la su aldea, ya que, aunque era feliz, echaba de menos la magia de su hogar y a sus padres. A María le gustó ser maestra y su sueño era irse con José a la aldea y poner una escuela pública, donde pudiera enseñarle a todos los niños los valores que ella aprendió con los padres de José.

Cuando pasaron los años de estudios, volvieron a la aldea. María fue a su casa y le dijo a su padre lo que había pensado hacer. El padre, que continuaba con sus pensamientos y egoísmo, enfureció y, con tanto nerviosismo, enfermó. Tras una semana muy malo, finalmente murió.

María quería a su padre, pero realmente vio cómo el camino se le iluminó y todo fue mucho más fácil tras la muerte de su padre.

Ella creó un colegio en su casa y compartió con José una casita al lado de la que tenían sus padres donde fueron muy felices.

A María le gusta compartir su historia a los niños para que le llegue su magia, aprendan los valores y sepan buscar su propia felicidad.

Felice

FIN